

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

La inexorable lógica del cuerpo

Autor/es:

Lange Churión, Pedro

Citar como:

Lange Churión, P. (1999). La inexorable lógica del cuerpo. La madriguera. (20):62-64.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41792>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



LA INEXORABLE LÓGICA DEL CUERPO

Acerca de *Eyes Wide Shut*

Pedro Lange Churión

El estreno de la última película de Stanley Kubrick, *Eyes Wide Shut*, inspirada en la novela del vienés Arthur Schnitzler *Traumnovelle* (1926), se ha visto precedido por una ola de rumores en cuanto al contenido sexual de algunas de sus escenas. En esta película, Kubrick se enfrenta a una preocupación que fundamenta toda su producción cinematográfica: la irrupción de una irracionalidad que se revela como una herida en la existencia cotidiana. En *Eyes Wide Shut*, dicha irrupción se produce a través de la repentina manifestación de los celos y el papel prominente que éstos asumen en el matrimonio de Bill y Alice Harford (interpretados por la pareja de estrellas Tom Cruise y Nicole Kidman).

La trama registra el descenso del protagonista, Bill Harford, a un mundo críptico y peligroso, en el que se llevan a cabo diversas fantasías sexuales. La piedra de toque que pone en movimiento el entramado del film es la cruel confesión de su esposa Alice, que alguna vez sintió una profunda atracción sexual por un desconocido, un oficial de marina. La conversación tiene lugar en la habitación matrimonial, entre caladas de *marihuana*, después del regreso de la pareja de una extravagante fiesta navideña que evoca la estética de *El resplandor* y en la que ambos han flirteado por su cuenta. Pese a que Alice no llega a consumir su deseo con el desconocido, y pese a que la confesión es parcialmente motivada por el deseo de despertar celos en Bill y mermar su ingenua autosuficiencia masculina, imágenes de Alice en las que Bill la imagina haciendo el amor con otro hombre lo atormentan a tal punto que éste se deja llevar, casi inconscientemente, por sus impulsos más íntimos. En su devaneo nocturno por una Manhattan enrarecida, surgen situaciones grotescas (el vendedor de disfraces que prostituye a su propia hija) y tentaciones y proposiciones peligrosas (el encuentro con una prostituta), que culminan con la incursión de Bill en una deplorable orgía, celebrada en una mansión de las afueras de Nueva York. Finalmente, tras un enredo motivado por la desaparición de dos personas que habían asistido a la orgía, Bill regresa a casa y, sin poder contener las lágrimas, le cuenta a Alice todo lo ocurrido.

Anacronismo y puritanismo

Cinematográficamente, *Eyes Wide Shut* muestra la huella de su meticuloso director. Los primeros planos escasean y, por lo mismo, están llenos de significación. La iluminación hace de Nueva York una ciudad onírica y evanescente. El color se utiliza estratégicamente para indicar los campos de tensión entre la pareja, con predominio del rojo y el azul. La música puntea la película con comentarios irónicos: en momentos apropiados escuchamos arreglos de "I Am in the Mood for Love", "I Only Have Eyes for You" y "Strangers in the Night". Sólo la edición, en parte realizada con posterioridad a la muerte del director, revela alguna ligera torpeza. La dirección de Kubrick acopla magistralmente estos elementos en favor de una diégesis cinemática por la que se filtra el murmullo metafísico de su creador.

Desde un punto de vista referencial, la concepción de la sexualidad urbana que se despliega en la película es anacrónica. Las sectas secretas, en las que una sexualidad satánica y necrofilica es tan sólo accesible a una élite social, tienen poco que ver con la fetichización masiva de la sexualidad impuesta por los medios de comunicación y los circuitos comerciales del capitalismo, los cuales nos permiten, hoy por hoy, acceder a una orgía privada con un simple click en la página apropiada de internet, o al número telefónico que nos conecta con una voz lasciva, a \$1.99 por minuto. Cuando Kubrick intenta instalar la película dentro de referentes contemporáneos, el resultado es ostensiblemente torpe, como en la escena con la prostituta que primero intenta seducir a Bill y luego lo desinfla al confesarle que la amiga, con quien casi se acuesta la noche anterior, ha sido diagnosticada con VIH. En cuanto a la infame orgía, pese a la impecable composición, reminiscente del onirismo y la alienación de los mejores cuadros de Paul Delvaux, poco importa que se hayan maquillado digitalmente (en EE UU) las tomas sexuales más explícitas. Además de cursilería, esta escena revela una concepción puritana, patriarcal y aburrida de la sexualidad, insalvable con cualquier toma sexual, por muy explícita que ésta sea. La pesadilla orgiástica de Alice, en cambio, es mucho más evocati-



va y poderosa que la orgía a la que Bill asiste. En este sentido, *Eyes Wide Shut* se critica a sí misma.

Alegoría y ambigüedad

Pero Kubrick rara vez funciona referencialmente. Su mejor cine alegoriza la contradicción básica en todo empeño humano, en que lo más noble queda desvirtuado por los instintos más depredadores. Es en este sentido alegórico que el

último filme de Kubrick muestra su contundencia.

Eyes Wide Shut está quizás más cerca de *Lolita* por la intimidad implícita en su trama, pero, de manera general, se distancia de la controversial película basada en el libro y guión de Vladimir Nabokov, donde no hay redención o absolución posible y el curso de las pasiones internas se sigue tenazmente hasta la misma autodestrucción. En *Eyes Wide Shut* se vislumbra cierto optimismo, gracias a una lógica que

nos devuelve al cuerpo y la sexualidad. Al final de la película, después de que Bill Harford le ha confesado a su esposa Alice, entre sollozos, "toda la verdad", sobre sus peripecias de las últimas dos noches, no es necesariamente la sinceridad, el decir toda la verdad lo que salva la relación de los Harford, porque el decir toda la verdad resulta imposible. De allí que ninguna de las aventuras en las que se embarca Bill Harford tenga una resolución definitiva, y que queden éstas sumidas en una total ambigüedad.



Al igual que los artifices de la seducción, ocultos tras la máscara con la que buscan atraer al otro en el ritual del flirteo, en *Eyes Wide Shut* la realidad se enmascara constantemente, y cuando se nos revela ya no podemos distinguirla de la farsa: el vendedor de disfraces y máscaras que se indigna ante la prostitución de la hija, no sólo termina permitiéndola, sino que es él mismo quien activamente la gerencia. No sabemos si la modelo enmascarada en la orgía satánica es sacrificada para salvar a Bill, o si realmente muere a causa de una sobredosis de drogas.

De la misma manera, el sueño y la fantasía despliegan su medida de realidad y la realidad se nos presenta onírica: Bill reelabora la fantasía de Alice al imaginar a un oficial de marina, cuya apariencia realmente desconoce, haciéndole el amor a su esposa. Como en los sueños, a Bill lo salva siempre la campana. A punto de iniciar el acto sexual con la afable caminadora que lo cautiva en el Village, su esposa lo llama; a punto de ser castigado por transgredir el secreto recinto de la orgía satánica, la mujer enmascarada le salva la vida. La pesadilla de Alice alude a la realidad de Bill, al verse ella misma en una orgía en la que fornicaba con cientos de hombres y en la que termina burlándose a carcajadas de su esposo.

La verdad del cuerpo

El mundo burgués del ingenuo Dr. Bill Harford, aparentemente inamovible en su optimismo y su éxito económico y profesional, se convierte en arenas movedizas en las que nada es lo que parece y en las que la noción misma de veracidad zozobra en el entramado de sueños y fantasías sexuales que van armando el cañamazo del film. De allí que lo veamos constantemente esgrimiendo sus credenciales de médico para reafirmar su posición y jerarquía ante un mundo que cede bajo su pies. El "Te lo contaré todo..." que Bill le promete a Alice es imposible porque toda pretensión de sinceridad se invalida una vez que el sujeto se ve acechado por pasiones insólitas que operan fuera del circuito del yo consciente y

complican cualquier representación de la verdad. ¿Dónde reside, entonces, esa certeza sobre la cual los Harford fundarán su relación después de haber sido ésta mermada por pasiones insólitas?

La única certeza posible, la única verdad revelable es la del cuerpo y su escurridiza lógica. Kubrick nos lo dice en el primer fotograma de la película, donde nos muestra a Alice desnudándose por completo. Igual-

mente, en la escena final, mientras la pareja intenta reconstruirse por medio de un temeroso compromiso a favor de la monogamia, es una sucinta y brutal alusión al cuerpo y al deseo lo que cierra la película: "Hay algo que necesitamos hacer", le dice Alice a Bill —ella siempre más lúcida que su estulto marido—: "Fuck!" (follar). Los ojos bien abiertos de Bill Harford no pueden ver más allá de la inmediatez de la consciencia. Un breve atisbo de la complejidad del mundo que ignora termina por abismarlo en la pesadilla de esa otra realidad. De allí la paradoja que titula el film.

En una película que, en sus mejores momentos, explora con sutileza los matices de la intimidad y la sexualidad entre adultos, la restricción de la censura resulta risible, ya que la coloca a la par de películas en las que el sexo explícito se contextualiza en las fantasías de vulgares adolescentes. La censura resulta aún más alarmante, ya que la misma se ejerce en un país que ostenta con descaro su esquizofrenia en torno a la sexualidad y la violencia; un país que apenas despierta del "soft porn" del caso Clinton/Lewinsky, cubierto con minuciosidad voyeurista durante más de un año por todos los medios de comunicación; un país cuya censura fracasa ante la violencia más explícita (la real y la de los mass-media) y sigue sin entender —sorprendentemente— el drama de adolescentes que dan salida a su rebeldía masacrando a docenas de compañeros de clase.

El tenue optimismo de *Eyes Wide Shut*, epitafio a la *oeuvre* de Kubrick, consiste precisamente en que permanecemos lúcidos ante la pulsión independiente del cuerpo y del deseo como referentes esenciales de nuestro ser. Es tan sólo desde estos referentes desde donde podemos reconstruir nuestras fantasías, desde las más sórdidas hasta las más sublimes, sin perder nunca de vista lo que son: una manera de mediatizar, simbólicamente, un diálogo con esa otredad que todos llevamos por dentro ♦

El autor enseña en la Universidad de San Francisco. Acaba de rodar un cortometraje sobre la vida y obra de la escritora Flannery O'Connor.